

D6806

63

v.1



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

043395

PROLOGO.

DE todos los viajes, el más interesante bajo el punto de vista de la religion, de la ciencia y del arte, es, sin contradiccion, el viaje á Roma. Por un privilegio especial, la Ciudad Eterna, misteriosa soldadura de los dos mundos, resume en sus monumentos toda la historia del género humano bajo la doble influencia del paganismo y del cristianismo. Así como en el firmamento todos los astros gravitan hácia el sol, y sobre la tierra los rios tienden al Océano, así en el órden divino y en el órden humano, todos los acontecimientos del mundo antiguo y del mundo moderno, parten de Roma ó van á Roma. Como futura reina del paganismo, vió nacer y morir, durante nueve siglos, á las pequeñas repúblicas del Occidente y á las grandes monarquías del Oriente que, despues de haber absorbido á todas las demás, debian ser, á su turno, absorbidas por el imperio de que vino á ser la capital. Nada hay tan instructivo como asistir á esa larga fundacion de la ciudad providencial; y si hay algo que conmueva, es ver los monumentos de su poder, los lugares en que nacieron los generales, los oradores, los grandes hombres sostenedores y formadores de su imperio; los campos de batalla en donde, por victorias mas ó ménos brillantes contra sus vecinos, la hija de Rómulo presagiaba la conquista del mundo. De aquí la impresion profunda, indefinible, que produce la vista de Roma pagana; impresion que jamás producirá la vista de Lóndres, de Paris ó de Petersburgo. Por todas partes una ruina es una ruina, monumento de un hecho particular ó nacional; en Roma, toda ruina es un monumento de primer órden, testigo veinte veces secular de alguno de esos hechos culminantes de que se compone la trama general de la historia.

Conducida por la mano de la Providencia, Roma, despues de setecientos años de progreso, llega al apogeo del poder material y puede decir: el mundo soy yo. Mas sus destinos no se han cumplido hasta aquí; una gloria más grande se la prepara, un imperio mas extenso le está reservado; siempre será reina, y solo va á cambiar de cetro. A la águila será sustituida la Cruz; el cayado pastoral reemplazará los haces consulares, y la hacha del licitor se convertirá en la e pada de la palabra. En el anuncio de este reinado nuevo cuya sublimidad y poder no conoce, Roma no ve mas que la peticion insolente de una abdicacion. Se agita, se arma, la lucha se compromete; lucha

006437

gigantesca que hace correr ríos de sangre y dura tres siglos. El campo de batalla está en todas partes: en el Vaticano, en el Coliseo, en el Circo, en el Forum. Ni un solo edificio, ni un lugar, ni una piedra que no repita algún episodio del combate. En fin, la victoria se decide: Júpiter baja del Capitolio; César se retira á Bynzancio la ciudad de Neron se convierte en ciudad de Pedro; y Roma arrojada del trono de la fuerza, sube al trono del amor para seguir siendo despues, como ántes del combate, la cabeza del mundo, el corazon de donde solo saldrá la vida, el astro brillante á cuyo alrededor gravitará el Universo.

En presencia de los lugares y de los monumentos que atestiguan este hecho, desenlace milagroso de un drama de cuatro mil años, es decir, la sustitucion de Roma por Roma imperioeterno del mundo, el viajero se siente sobrecogido de estupor. El alma se engrandece, la ciencia se orienta y se completa, la fe se hace inmutable; se adora, se ama, se ora, porque en todas partes se presenta á los ojos el misterio de la Providencia en el gobierno de los siglos, y se toca con las manos el más grande de los milagros, cuyas pruebas son en Roma tan numerosas, tan palpables, como lo son los monumentos y las ruinas.

Metrópoli de la Religion, Roma es tambien la patria de la ciencia. Las capitales de la Europa estaban todavía por nacer, cuando la ciudad de los Pontífices reinaba ya por la inteligencia y la civilización. Antioquía, Aténas, Alejandría, las grandes ciudades del Oriente se sumergian en la barbárie; Constantinopla misma apénas arrojaba una ténue y dudosa luz, miéntras que con mano firme, Roma habia levantado sobre el mundo la brillante antorcha de la ciencia encendida en el altar de la fe. Sus bibliotecas eran los archivos, y sus doctores los oráculos del mundo civilizado; sus pontífices los reyes de la sabiduría y de la elocuencia; sus leyes el fundamento de la legislacion, y su gerarquía el modelo de la organizacion social del Occidente. En la Edad Média planta las universidades en España, en Francia, en Inglaterra, en Alemania, como Dios mismo siembra los astros en el cielo; su espíritu anima aquellos grandes cuerpos, previene sus desviaciones, y por su poderosa influencia los hace concurrir á todos á la armonía universal y al progreso normal de las luces.

A esta mision científica que sigue cumpliendo gloriosamente, Roma añade otra: el arte llega á ser su hijo predilecto, su pupilo. Ya sea que escriba sus páginas llenas de gracia y sencillez en las iglesias de la Umbría, sea que reproduzca en los mosaicos de Ravenna y de las basílicas bizantinas la poderosa poesía del simbolismo cristiano, le da valor y le anima por todas partes. Cuando se anuncia la gran revolucion del siglo décimoquinto, ella es la primera en dirigirla para salvar al arte de sus propios excesos. Con una mano tan hábil como generosa, se esfuerza en mantenerlo dentro del carácter que le corresponde por naturaleza y por deber, esto es: el de sacerdote y coadjutor del Verbo Divino en la obra de la instruccion y de la santificacion del mundo. Roma ha alcanzado en ello un éxito admirable, y es aún el foco de las artes. De esto teneis la prueba, no solo en las incomparables obras maestras que forman su gloria, sino tambien en la obligacion tradicional impuesta á todos los artistas de acudir á ella á inspirar su talento y á pedir reglas y modelos: homenaje filial rendido por la inteligencia humana á la ciudad que es madre de la sabiduría, porque es reina de la fe, es decir: *la ciudad más grande y más santa que jamás ha existido.*

Tal es, á nuestro juicio, el verdadero punto de vista bajo el cual debe considerarse la Ciudad Eterna; tal la inspiracion que debe presidir al viaje por Italia. Así la habian comprendido, desde su origen, los pueblos cristianos del Oriente y del Occidente. Durante una larga serie de siglos, el viaje á Roma fué una peregrinacion. Convencidos de su alta y saludable influencia sobre el espíritu católico, los Soberanos Pontífices lo favorecieron con todo esfuerzo; y el voto de hacer este viaje, emitido por un monarca ó por un simple fiel, es uno de aquellos votos cuya dispensa se reservaron y aún se reservan exclusivamente. ¡Qué cambio en los tiempos! Desde la invasion de la incredulidad en el seno de la vieja Europa, el viaje á Roma no es ya para la mayor parte, más que un paseo mundano, muchas veces inútil y algunas hasta peligroso. Exclusivamente preocupados con los recuerdos paganos de su educacion, dirigidos por *Guías* destinados á viajeros de todas sectas y cuyo menor defecto es dejar en la sombra el punto de vista religioso, solo han mirado la faz artística ó pagana de los monumentos, y el lado puramente humano de las instituciones romanas. De aquí resulta que *la Italia cristiana es todavía un país por descubrir*, y que, con vergüenza de los tiempos modernos, el católico hace frecuentemente el viaje de la Ciudad Santa, con ménos religiosidad que el mahometano al cumplir su peregrinacion por la Meca.

Si por regla general es un deber sagrado dar á este viaje decisivo el carácter religioso que nunca hubiera debido perder, las circunstancias actuales hacen este deber más imperioso todavía y más urgente. Por una parte, las tendencias de los gobiernos se dirigen á debilitar, á romper en cuanto pueden los saludables lazos que unen con su madre á las iglesias nacionales, para hacer de ellas servidoras degradadas del poder temporal; por otra parte, el espíritu anticristiano que sopla hoy, inspira todos los días en los periódicos, en las novelas, en los viajes, una multitud de falsas y péfidas narraciones, cuyo objeto es llamar sobre Roma, sobre sus actos, sus leyes, sus costumbres y su poder, el odio, el ridículo y el desprecio. Así, conviene no olvidarlo: más que nunca Roma debe estar rodeada de respeto y de amor, porque más que nunca Roma es nuestro único apoyo, el apoyo de la fe, de la libertad, de la civilizacion verdadera de la Europa y del mundo. ¿Es necesario añadir que los caminos de fierro, los buques de vapor, la necesidad de movimiento que caracteriza nuestra época, hacen cada día más fácil y más frecuente el viaje á Roma? ¿Es preciso recordar, en fin, que ántes de tres años la apertura del gran jubileo pondrá á miles de peregrinos en todos los caminos de la Ciudad Santa? Todas estas causas reunidas, manifiestan bastante de cuánta importancia es para la religion y para la sociedad sustituir á funestas preveniciones, conocimientos sólidos; á apreciaciones frívolas y mezquinas, razonamientos más elevados y juicios más serios.

Es fácil comprender que una obra, una *Guía* verdaderamente religiosa y científica, seria uno de los mejores medios de conseguir este objeto. Tal era el pensamiento del gran papa cuya reciente pérdida llora la Iglesia: con todo empeño, expresado varias veces, Gregorio XVI deseaba una publicacion de este género. ¿El autor de las *Tres Romas* ha cumplido esta santa y noble mision? Sus pretensiones no van tan léjos; ha hecho un libro con el fin de dar la idea para que se haga otro mejor. Hé aquí, por otra parte, el plan que ha seguido.

Después de haber recorrido la parte occidental de la Italia, llega á Roma; allí se emprende un triple viaje. Roma *pagana* es desde luego estudiada en sus monumentos, en sus usos, en sus costumbres, en sus artes, en sus fiestas, en su religion y en sus leyes; la ciudad de Rómulo y de Neron reaparece viviente y animada. Con el fin de hacer este estudio más interesante y fácil, damos un diccionario explicativo de las principales iniciales empleadas en las inscripciones, y para que los monumentos hablen una lengua inteligible para todos. Las personas instruidas que han visitado la Italia, comprenderán la utilidad de tal trabajo, que no se encuentra en ninguna *Guía*.

Roma *cristiana* es el objeto de un segundo viaje. Después de referir los hechos de la historia profana de que han sido testigos los monumentos, los circos, los *forum*, los anfiteatros, las siete colinas son interrogadas de nuevo. Janc con su doble rostro y su doble voz las hace repetir entónces los hechos cristianos que se relacionan con la existencia de ellas. Así las dos Romas se ilustran con sus mútuas luces, sin quedar entre sombras ninguna parte del cuadro, y la Ciudad Eterna, la hija mayor de la Providencia, resplandece por todas partes bajo su doble corona de reina de la fuerza y reina del amor. Las iglesias y las basílicas, con sus venerables tradiciones, con sus riquezas artísticas tan variadas y tan numerosas, con sus tesoros de reliquias y su pueblo de mártires que hacen cada santuario de Roma un cielo sobre la tierra; todas esas cosas tan encantadoras por su piedad y su poesía, y sin embargo tan perfectamente desconocidas de la mayor parte de los viajeros, son visitadas y explicadas bajo el punto de vista de la ciencia, del arte y de la fé. Lo mismo que con los museos y galerías, así sucede con las costumbres de la Corte Romana y las grandes ceremonias de la Semana Santa.

Pero la verdadera gloria de Roma cristiana no es la que brilla á los ojos del espectador mundano; es necesario buscarla en las obras de esa Iglesia madre, señora y modelo de todas las demás. Por ninguna parte se encuentra un sistema de caridad más materno, más completo, más antiguo; por ninguna parte esas obras de piedad que reflejan mejor el espíritu esencial del catolicismo. Pero Roma, contenta con obrar el bien, no tiene periódicos asalariados para publicarlo, y el cuadro religioso de sus instituciones está aún por hacerse en las *Guías de Italia*: las *Tres Romas* trazan sus principales rasgos.

Hasta aquí no ha salvado el viajero los límites de la ciudad. Sin embargo, fuera de Roma, y sobre todo en las entrañas de la tierra, se encuentran otras maravillas que no es permitido olvidar. Los lugares célebres del antiguo Latium, las villas, las vías romanas, muchas basílicas, y sobre todo, las inmortales Catacumbas, son objeto de un último viaje. Bajando á la Roma *subterránea*, estudiamos su origen, su destino, sus tumbas, sus capillas, sus calles, sus plazas, y por fin, los habitantes de aquella gran ciudad de los mártires. A diferencia de los escritores franceses, que no hablan de esto ó que solo hablan como arqueólogos, nos proponemos hacerla conocer bajo el triple aspecto de la historia, del arte y de la religion. Más aún de las demás, esta parte del viaje, que forma un vólumen entero, ofrece todo el interés de la novedad.

Esto en cuanto á Roma.

Después de la ciudad Eterna, Nápoles, la Campania, la Umbría, las Marcas, la Lombardía y el Piamonte, son sucesivamente visitadas. Ahora bien, aunque en un grado inferior, la Italia participa de la grandeza providencial de la reina del mundo. Ella fué desde su origen el más brillante satélite del astro inmenso que arrastra á las demas en su órbita. De aquí resulta que sus monumentos, sus hombres célebres, sus apóstoles, sus mártires, sus campos de batalla, toman á los ojos del viajero proporciones más imponentes que los monumentos y hombres de otras naciones. Bajo este punto de vista es como se la considera, de suerte que la marcha seguida en el estudio de Roma, se continúa del mismo modo en el resto de Italia. El origen pagano y cristiano de cada ciudad, sus grandes hombres, sus mártires, sus obras de arte, y sobre todo, las instituciones de caridad, tan conmovedoras y tan variadas en Italia, forman el panorama que se ofrece al espectador.

Tal es, en su espíritu y en su objeto, la nueva obra que damos al público. Salvo algun error, se parece un poco á una repetición de lo que se ha dicho en nuestros días de la Italia; este es el último juicio que nos es permitido emitir.

En cuanto á la forma, un viaje no debe ser, ni una grave recopilación de disertaciones filosóficas, ni una serie más ó menos monótona, de descripciones geográficas ó de piadosas meditaciones, sino una narración; y el autor, cuenta, describe día por día lo que ve, lo que aprende, lo que siente. Nos parece que esta manera sencilla y variada, léjos de cansar la atención, la excita y sostiene; tanto más, cuanto que los dos planos de Roma hacen más palpables los hechos poniendo á la vista del lector los lugares y monumentos principales de que se oye hablar.

Terminemos con la oración de San Agustín, que para repetirla tenemos mil motivos más que el santo doctor: «Si al leer, notais incorrecciones y faltas, aun numerosas, perdonad á la palabra en gracia de la materia: *Si quid incondite atque inculto dictum legereis, vel si totum ita esse perspexeris, doctrina da operam, linguæ veniam* (Epist. 205 ad Consent.)»